

El Cotidiano

Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco

info@elcotidianoenlinea.com.mx

ISSN (Versión impresa): 0186-1840

MÉXICO

2007

Roberto Manero Brito / Raúl Villamil Uriarte

NOTAS SOBRE VIOLENCIA, TORTURA, TERRORISMO DE ESTADO Y EROTISMO

El Cotidiano, mayo-junio, año/vol. 22, número 143

Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco

Distrito Federal, México

pp. 18-25

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



Notas sobre violencia, tortura, terrorismo de Estado y erotismo

Roberto Manero Brito*
Raúl Villamil Uriarte*

Cuerpos estallados, cuerpos torturados, cuerpos marcados, cuerpos violados, cuerpos que cargan sobre sí la inscripción de una violencia singular, de una crueldad cuyas secuelas se irán arrastrando toda la vida como referente permanente de la presencia del Estado en las esferas más sagradas de la intimidad. El Estado, el violador, el torturador, se hace presente en mi sexo herido, lastimado, en mi memoria, en mi piel, y ha dejado de forma permanente su inscripción en una cicatriz indeleble. Porque, aunque nadie la vea, nunca más podré ver de la misma manera mi propia piel, mi sexo herido, mi cuerpo estallado, mis vísceras que jamás volvieron a funcionar igual, y todo ello asociado a un recuerdo articulado a una memoria...

Todo se inicia con una reflexión sobre la violación y el abuso sexual. Las mujeres de Atenco son el último avatar de esta triste historia. Las mujeres violadas, la triste secuela de las mujeres asesinadas en Cd. Juárez, en el Bordo de Xochiaca, en Acapulco, los miles de niños y niñas comercializados como carne de cañón... Hemos establecido previamente algunas características de la cuestión de la violación, que no necesariamente han sido suficientemente aquilatadas¹. En la mujer violada, el asunto de la culpa no debe verse ni como expresión de un deseo preexistente (ninguna mujer desea ser

violada), ni como intento de retomar el control de algo que se le escapa (“si fui violada por descuido, basta con cuidarme para que eso no vuelva a suceder”) —aunque esto no es del todo falso, ya que en casi toda violación el mundo que se abre a la percepción femenina es un mundo terrible, en donde la posibilidad de volver a sufrir esa cosa espantosa que le ha sucedido es básicamente aleatoria, azarosa. La culpa de la mujer violada es el retorno de un *ideal del yo* normal, cotidiano, frente a esos “dobles parasitarios del yo” que refiere Fenichel². Durante su proceso de supervivencia, la víctima de la violación ha realizado actos que jamás aceptaría en otro momento. La violación —y añadiría que todo tipo de maltrato o violencia sexual— está caracterizada por una *humillación psicológica muy pro-*

funda, que la víctima ha debido tolerar. El efecto de dicha humillación es analítico (en el sentido del psicoanálisis) en relación a las formas psicológicas que subtienden su personalidad. Dicho de otra manera, esta profunda humillación, así como la sumisión obligada que la caracteriza, ha revelado a la mujer o la víctima de la violación aquello que jamás hubiera querido ver de sí misma: una mujer sometida, deseante, adivinando el deseo de dominio de su victimario y revelándose a través de su propia sumisión. Es una mujer que, en un primer momento, acepta la degradación de su calidad humana —como lo establece Martín Baró en relación a la lógica del torturador³.

2. Es necesario llamar a las cosas por su nombre, y describirlas a pesar del horror que eso nos pueda provo-

* Profesores-Investigadores, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

¹ Cfr. Manero, R., y Villamil, R., “Violencia y victimización. Ensayo desde una perspectiva psicológica” en *El Cotidiano* No. 111, UAM-Azcapotzalco, México, ene-feb. 2002; y Manero, R., y Villamil, R., “El correlato de la violencia en el síndrome de estrés postraumático” en *El Cotidiano* No. 121, UAM-Azcapotzalco, México, 2003.

² Fenichel, Otto, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Paidós, México, 1999.

³ Cfr. Martín Baró, I. (comp.), *Problemas de psicología social en América Latina*, UCA Editores, San Salvador, 3ª ed. 1985.

car⁴. Los sucesos de Atenco mostraron un Estado mucho más bárbaro que el que se mostró en la guerra sucia. Un Estado violador. El artículo de Adolfo Gilly, en el que se pregunta por ese paso que dio de más el Estado, esa posibilidad de violar por consigna a las mujeres, detener sin más a quien iba pasando, que es capaz de matar como *vendetta* a la resistencia añeja, ancestral, que termina venciendo por su pura existencia, es muy sugerente⁵. Pero es necesaria una mayor descripción, para no detenernos en un pudor que impide una denuncia más enraizada en la cólera colectiva, y también un análisis más preciso de las sinrazones de la razón de Estado. Hay que describirlo todo, la escena, los comentarios, todo aquello que en su momento no deja de invocar el *morbo*, que no es otra cosa que la cara que no queremos ver de nuestros propios impulsos, de un erotismo moral y éticamente reprobable, de todas esas cosas en donde vemos retratados el horror y el deseo en una orgía que desarma cualquier certidumbre moral que eventualmente pudiera habitarlos.

3. Hay entonces esa resistencia política y colectiva que convoca colectivos, identificaciones, que resana y reactualiza un tejido social lastimado y herido por tanta atomización, competencia, destiempo, imposibilidad de retener y realizar relaciones de amistad, de cultivar la solidaridad, de articularse con colectivos *abiertos* —en el sentido de Castoriadis, es decir, capaces de tener la inteligencia de la pluralidad, la heterogeneidad, la alteridad⁶. Se debe denunciar y detener la brutalidad irracional y *la crueldad* que caracterizan a un Estado impotente, incapaz de lograr la posibilidad de una negociación, del respeto a los ciudadanos a los que se debe —en lo formal y teórico, porque históricamente ningún Estado surge como *contrato social*, sino como forma ideológicamente justificada de dominación de una clase sobre otra, de una sociedad sobre otra, de un grupo humano sobre otro.

4. La resistencia política y colectiva supone también reconstituir la posibilidad de construir colectivos, de redi-

⁴ El reconocimiento que realiza Castoriadis del trabajo de Hannah Arendt sobre el totalitarismo, le lleva a subrayar un aspecto: para Castoriadis, Arendt denuncia una especie de ceguera voluntaria sobre lo que el primero denomina “la monstruosidad” y que para la segunda es el “mal absoluto”. “Pero en un nivel más profundo hay también una ceguera voluntaria que es el resultado de no aceptar que la historia pueda producir lo que es absolutamente a-sensato, lo monstruoso” (véase Castoriadis, C., *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 2ª edición 1994, p. 52).

⁵ Cfr., Gilly, A., “Contrapunto (La LIX Legislatura y las mujeres violadas)” en *La Jornada*, 11 de Mayo de 2006.

⁶ Cfr. Castoriadis, C., *Figures du Pensable, Les carrefours du labyrinthe VI*, Seuil, Paris, 1999.

mentar las condiciones de representar lo irrepresentable, de reactualizar las dimensiones simbólicas desde las cuales podemos reconocernos como colectivo *instituyente* de una sociedad que, de cualquier manera, sigue siendo una sociedad que no nos satisface. El colectivo es poder, y es al mismo tiempo *crisol* de significaciones y creaciones instituyentes... *para bien y para mal* (pensemos, con Castoriadis, la creación de los regímenes totalitarios, su decadencia y su sustitución por la *estratocracia* en la vieja Unión Soviética)⁷. Es desde el colectivo que podemos *imaginar un futuro*, y desde ese futuro significar el presente y los presentes posibles. Por ello es importante mantener y promover procesos colectivos instituyentes, capaces de pensar lo existente y *prefigurar* los futuros posibles. En el caso de la *solidaridad invocada* por las víctimas de estas formas terroristas del Estado, existe la virtualidad de imponer un poder colectivo en contrapeso al poder del Estado, que induce necesariamente una paradoja: sitúa al Estado como aquel que ejerce una violencia ilegítima. Entonces, ¿cómo y por qué la sociedad, en ocasiones, concede al Estado el monopolio de la violencia legítima? ¿de la sociedad vigilada al Estado vigilado? ¿imponemos una vigilancia ciudadana al Estado, o todos incorporamos, introyectamos, un *Estado vigilante* en nuestras formas de comportamiento social? ¿proyecto de autonomía o presencia del Estado en todas las periferias, así sean los movimientos, colectivos, o el polvo atomizado de los colectivos diezmados por las políticas neoliberales?

5. El proyecto de resistencia, sin embargo, tiene otras variantes mucho menos heroicas, mucho menos brillantes y sí, terribles. Tenemos que formarnos una imagen de los sucesos de Atenco, como también de los de Juárez, de Xochiaca, de... ¿Cómo podemos pensar, imaginar, reconstruir, semejantes atrocidades? Hay mucho que se deja a la imaginación. Seguramente por ello la imaginación resulta, en ocasiones, tan precisa. ¿Cómo imaginamos los asesinatos en Cd. Juárez? ¿un novio celoso? ¿una mafia vengándose de alguien que, en un momento dado, podría parecer peligrosa? ¿un ritual, una orgía que rebasa los límites de un erotismo acotado, una reunión en nombre de la misoginia, la degradación de una joven mujer para disfrutarla en el perverso goce de la dominación, y posteriormente desecharla en la basura, convirtiendo su cuerpo en el portador involuntario de un mensaje terrorífico a su comunidad, a las mujeres, a los hombres, a las niñas y los niños?

6. No podemos entonces evadir el tema de la dominación y la violencia. Estamos en una sociedad violenta. La

⁷ Cfr. Castoriadis, C., *Los dominios del hombre... Op. cit.*

hipótesis que hemos manejado es que la violencia delincinencial desatada no deja de ser, en un último análisis, violencia de Estado. Los grupos delincuenciales aparecerían, en la lógica de una especie de guerra de baja intensidad en los espacios urbanos, como el equivalente de los grupos paramilitares en los operativos contrainsurgentes. La violencia no puede ser políticamente neutra. Estamos frente a una violencia que lastima el tejido social, que destruye las posibilidades de sociabilidad, que rompe amistades, que genera una enorme tensión emocional, que dispara las “máquinas paranoides”⁸. La violencia nos pone frente a una sociedad sobrecogida por el miedo. La primera estrategia para enfrentar el miedo es la estrategia del avestruz: escondamos la cabeza, para que parezca que todos nosotros estamos ocultos del peligro. Desgraciadamente es una estrategia fallida, pero que logra las finalidades de control y gestión del riesgo político: al final, hace más difícil la constitución de los colectivos sociales. Todos nosotros hemos tenido de cerca pérdidas, humanas o materiales, asociadas a la violencia delincinencial. Se ha filtrado, casi podemos decir que se ha institucionalizado. Es una especie de impuesto que se cobra por vivir en la ciudad más grande del mundo. Pero la violencia moderna, ésa que sufrimos en las ciudades, ésa que está presente en tragedias como las de las secundarias en Estados Unidos (casi siempre atribuida a algún loco que se suicida: muy diferente a la de los locos musulmanes que también se suicidan en su guerra santa, que no deja de ser guerra de resistencia, pero que entonces se vuelven terroristas) está caracterizada por su crueldad. ¿Cuál es, entonces, el contenido de este concepto? ¿de qué hablamos cuando tratamos con la crueldad?

7. Dos formas simétricas dominan el sentido de la crueldad: la violación y el terrorismo de Estado. En ambas, las víctimas son construidas a golpes, a través de procedimientos de “demolición del yo”, de meticulosos procedimientos de humillación psicológica, que han venido siendo perfeccionados pacientemente desde hace más de sesenta años, por tomar únicamente los eventos contemporáneos. Violación y terrorismo de Estado están íntimamente vinculados en las formas prácticamente institucionalizadas de la tortura. Todos estos delitos deben considerarse delitos de poder, delitos asociados a los procesos de dominación colectiva, de dominación psicológica, cultural, étnica, y tienen como objeto común la significación, la constitución simbólica del cuerpo. Cuerpos estallados, cuerpos torturados, cuerpos

marcados, cuerpos violados, cuerpos que cargan sobre sí la inscripción de una violencia singular; de una crueldad cuyas secuelas se irán arrastrando toda la vida como referente permanente de la presencia del Estado en las esferas más sagradas de la intimidad. El Estado, el violador, el torturador, se hace presente en mi sexo herido, lastimado, en mi memoria, en mi piel, y ha dejado de forma permanente su inscripción en una cicatriz indeleble. Porque aunque nadie la vea, nunca más podré ver de la misma manera mi propia piel, mi sexo herido, mi cuerpo estallado, mis vísceras que jamás volvieron a funcionar igual, y todo ello asociado a un recuerdo articulado a una memoria... Lo que me enferma es ese pasaje de la sumisión obligada a la búsqueda activa y creativa para satisfacer el ansia de dominación de mi torturador. De la víctima aterrorizada al Síndrome de Estocolmo: el pasaje es muy semejante al *lavado de cerebros* soñado por la CIA durante mucho tiempo.

8. ¿Cómo entender una política institucionalizada, en la potencia más grande del mundo, para la investigación en manipulación de la conducta humana? La guerra de Vietnam, de Corea, los procesos de liberación en Nicaragua y El Salvador fueron una gran escuela para Estados Unidos en relación a los movimientos guerrilleros. Sus enseñanzas fueron enunciadas con las tesis —de mención honorífica— respecto de las estrategias llamadas *guerra de baja intensidad*. Pero hay otros insumos que no son tan evidentes. Las guerras con los países orientales comunistas (Vietnam y Corea sobre todo, pero también con países del medio oriente y con la Unión Soviética, antes de su disgregación) dejaron enormes interrogantes a los militares norteamericanos, especialmente frente a un fenómeno que era la verdadera antítesis del *american way of life*, que era una especie de abjuración, una declaración pública, emotiva, convincente, de soldados americanos prisioneros, que maldecían las políticas de sus países, que los colocaban como desertores ideológicos, que abrigaban las causas liberadoras o purificadoras de sus captores. Aparece así la idea del *lavado de cerebros*⁹. Parecía del todo inverosímil que los entrenadísimos soldados del ejército más poderoso del mundo, especialmente sus soldados de élite, pudieran en algún momento parecer ovejas indefensas cuidadas por un perro pastor musulmán o comunista. Parecía totalmente inverosímil que esas generaciones de “rambos” y de “terminators”, de esos súper-soldados, aparecieran después de un cierto tiempo llorando, sensibles a una ráfaga de viento,

⁸ Cfr. Deleuze, G., y Guattari, F., *El anti-edipo, Capitalismo y esquizofrenia*, Paidós, Barcelona, 1985.

⁹ Cfr., Thomas, G., *Las torturas mentales de la CIA*, Ediciones B, Barcelona, 2001.

feminizados, solícitos frente a sus captores. Habían dejado de ser el enemigo, y se habían convertido en sus salvadores, en sus padres, en aquéllos en los que se debería confiar *sin ninguna duda*, ya que eran capaces de otorgar la vida y la muerte, pero lo peor era ese dolor, ese dolor físico que poco a poco se volvía pesadilla, se volvía un dolor moral, la sensación de estar absolutamente solos, abandonados por sus superiores, por su país, dejados a la nada, dejados a la voluntad de sus captores. Estos súper-soldados americanos aparecían posteriormente en la televisión, degradados, solícitos, tratando de decir, con toda vehemencia, de explicar el engaño que su país había hecho de todos ellos, el engaño sobre toda la nación por sus líderes, sus dirigentes. Se habían cambiado de bando. Ahora loaban al régimen que antes habían combatido. Habían abjurado. Eran ahora ejemplares. Estaban convencidos de las bondades del comunismo o del Islam. Como en 1984, ya podían ser desechados.

9. Los políticos, los generales, la CIA, el FBI, todos estaban muy preocupados. No era posible que sus mejores hombres, esos monstruos monolíticos que habían entrenado con un costo tan alto, que eran capaces de arriesgar su vida por su país, ahora los encontrarán llorosos, gimiendo, pidiendo piedad de sus captores. Los vietnamitas, coreanos, soviéticos, y también los musulmanes radicales, hacían bien su trabajo. Habían logrado un cambio de ideas, de conductas, de percepciones del mundo en un tiempo bastante corto, con gentes muy entrenadas para resistir. ¿Cómo lo hicieron? Se generó un proyecto de investigación. Participaron las más prestigiosas universidades de Estados Unidos, auxiliadas por los psicólogos y psiquiatras más connotados (la mayor parte de ellos conductistas, por cierto), ayudados por algunos alemanes, ingleses, canadienses... Aprendieron las lecciones que habían conocido de los nazis, pero sobre todo lo que podían deducir de la poca información que podían obtener del otro bando. Las películas fueron amplificadas y estudiadas cuadro por cuadro. Se hizo una exploración completa del estado de las víctimas que aparecían en esas películas, implorando a su gobierno (el de Estados Unidos) aceptara las condiciones de sus captores. Se supo que estaban drogados, golpeados, desesperados, *con la muerte soplando al oído*. Pero no podían imaginar siquiera el suplicio que habían pasado. Era el infierno mismo. La mayor parte de ellos enloquecía. Muchos morían en el curso de la tortura. Ésta era supervisada por un médico, que sabiamente mantenía al cuerpo al borde del colapso. Se generó una serie de laboratorios, en los que de manera más o menos controlada (¿cómo se puede controlar eso?), a pacientes psiquiátricos, a voluntarios, a gente que

se le secuestraba —malhechores, espías, asesinos—, se le tomaba como conejillo de indias para la experimentación más cruel y despiadada de la que se tuviera noticia desde la época de los nazis. Inyecciones de todo tipo de droga (LSD y pentotal incluidos), choques insulínicos, electrochoques (hubo personas que recibían más de 10 ó 20 electrochoques por sesión, con varias sesiones a la semana), aislamiento sensorial, saturación sensorial y un largo etcétera. Los experimentadores, ese proyecto especial financiado por la CIA, sin embargo, no estuvieron satisfechos. No fue posible el control mental completo. Al parecer, los comunistas orientales, los soviéticos, los musulmanes, lo habían hecho mejor.

10. La ciencia del control mental, o más precisamente, del *lavado de cerebros*, fue la forma discursiva y metódica que tomó la tortura. Las finalidades de la tortura están lejanas de aquéllas que fueron instituidas por la Iglesia, hacia fines de la Edad Media, por los regímenes absolutistas o despóticos. Las formas de la crueldad no necesariamente eran más suaves, pero las significaciones que aporta el abuso de autoridad difieren enormemente. El lavado de cerebros, así como otras tecnologías de guerra en contra de los individuos, de la resistencia, de los colectivos, aparece como la forma sistematizada, como el discurso científico o pseudo científico que sistematiza una serie de elementos que aportan nuevas visibilidades a los diferentes sujetos colectivos e individuales, históricos y sociales. La sistematización fallida en la ciencia del lavado de cerebros o control mental y conductual de los individuos, es la piedra de toque de una discursividad que, de manera más o menos visible (visibilidad que frecuentemente es confundida con una *ejemplaridad* o, en su caso, con simple *morbo*) escarba en las profundidades del cuerpo torturado, masacrado (piénsese, por ejemplo, en las imágenes de los cadáveres de los soldados americanos ejecutados, arrastrados por las calles de la población, quemados y posteriormente colgados en el puente de entrada a la localidad), del cuerpo yaciente o del cuerpo dócil, docilizado desde la más cruel humillación psicológica, y los presenta bajo la lectura de un cuerpo habitado por el poder, por la fuerza del Estado, por la virulencia de una violencia colectiva que no ha sido domesticada por el Estado, sino que, al contrario, éste funciona como caja de resonancia, como enorme amplificador de una violencia pedestre. El cuerpo-símbolo no es ya cuerpo-pecado, cuerpo-corrupción, cuerpo-tentación. Ahora es cuerpo-víctima, cuerpo erótico de un erotismo que jamás como ahora resulta el *erotismo de la violencia*, una forma de la *estética de la crueldad*. Es, quizás, este discurso el eslabón perdido de la noción de *gubernabilidad*.

11. La potencia más grande del mundo no ha dejado de aprender. Pensemos algunas imágenes (¿se puede pensar las imágenes? ¿cuáles son los procesos de pensamiento que tenemos que utilizar para pensar imágenes?). En Vietnam, los americanos fueron derrotados por el miedo. Caminando por la selva, era frecuente que, prácticamente de la nada, se apareciera un “vietcong” a la patrulla americana. Los sorprendía, masacraba a todos menos uno. A ese nada más lo desarmaba. Mataba a todos sus compañeros y lo dejaba libre, que regresara a su campamento. Evidentemente se volvía loco del miedo. El atacante, el “vietcong”, desaparecía debajo de la tierra. Todo Vietnam estaba surcado subterráneamente por estos pasadizos, que fueron el verdugo de los americanos. Pero hay más imágenes. Están las cabezas de los soldados americanos colgadas a la entrada de algunas aldeas dominadas por el Vietcong. Están también las imágenes terribles de la matanza de Mi-Lai, con sus decenas de cadáveres quemados, ensangrentados, apilados unos sobre otros (los fotógrafos de la revista *Life* fueron maestros en el arte de volver visible el drama de los cuerpos victimizados por la barbarie guerrera). Están los relatos, recogidos desde una perspectiva brillante por Susan Brownmiller¹⁰, sobre las violaciones que los americanos realizaban frecuente y sistemáticamente sobre la población civil vietnamita (violaciones tumultuarias, violaciones en las que hacían pasar a todas las mujeres a ser “inspeccionadas” vaginalmente con los penes de varios soldados, en fila...). Son otra forma de la imagen. Corea, Vietnam, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, antes de otros países, la lucha contra la guerrilla previa a la lucha contra el terrorismo: Afganistán, Irak, pero también Libia e Irán. La lucha contra la guerrilla dejó a los americanos un aprendizaje y una nueva tecnología: la *guerra de baja intensidad*. El secreto era no enfrentar directamente a los grupos guerrilleros, subversivos. Había que restarles sus *bases de apoyo*. El enemigo era la comunidad entera. Y en esta lucha, el brazo paramilitar era fundamental. El miedo debía inundar profundamente a las comunidades.

12. Las técnicas de tortura, control mental y conductual, de *lavado de cerebros* fueron exportadas a precio de ocasión a los países latinoamericanos. Los pinochet, los videlas, los díazordaz, los echeverría, pulularon en el continente. Los grupos militares tuvieron su entrenamiento becados en las mejores escuelas de tortura de los militares norteamericanos. Técnicas “científicas” para la tortura, verdaderos tratados político-militares para el control de las poblaciones, diversas formas de la propaganda para desmoralizar a las poblaciones,

¹⁰ Cfr. Brownmiller, S., *Contra nuestra voluntad. Hombres, mujeres y violación*, Ediciones Planeta, Barcelona, 1981.

victimizándolas de inicio para doblegar su resistencia. Convirtiéndolas en una metáfora de ese soldado americano abjurado, cuya imagen era devuelta por sus colegas comunistas orientales, musulmanes radicales o soviéticos. Evidentemente, como toda tecnología, ésta debía ser adaptada a la idiosincrasia local. Indudablemente hubo un abaratamiento de las técnicas. Aparece el agua mineral con piquín para la nariz... así como miles de formas a través de las cuales el folklore nacional se apropió, e integró perfectamente, con el dolor de miles o millones de víctimas, las nuevas técnicas correspondientes al estatuto contemporáneo del Estado. “Desaparecidos” los regímenes militares, totalitarios, y con el ascenso de las nuevas democracias electorales, estos saberes se difundieron en los nuevos oficios de la violencia: una delincuencia que, a través de formas como el narcotráfico, las bandas de robacoches, bandas de secuestradores, asesinos a sueldo, y un largo etcétera, amedrentan y victimizan a la población. Pero no lo perdamos de vista: no deja de ser un *terrorismo de Estado*.

13. En Acteal, los paramilitares realizaron una masacre especialmente cruel. Cuentan las malas lenguas que en Acteal había, entre otras, una tensión muy fuerte entre los grupos de indígenas tzotziles afiliados a los trabajos de la Diócesis de San Cristóbal (en la cual el obispo era Don Samuel Ruiz), y los otros simpatizantes del EZLN. Se esparció el rumor, unos días antes de aquel aciago 22 de Diciembre de 1997, de que los paramilitares entrarían a matar a los pobladores. Se sabía qué sería ese 22. ¿Cuántos lo habrán creído? ¿por qué la parte de la Diócesis de San Cristóbal, que habían sido desplazados de Las Abejas, donde desde hacía más de una década se llevaba a cabo un hermoso proyecto de producción de miel, que había colocado a estos indígenas como unos de los exportadores más importantes en el país de ese producto—no creyó el rumor, por qué rezaba en vez de huir? Llegaron los paramilitares. Se sabía que eran priístas (¿pero qué quiere decir “priísta” en aquellos lugares? Los priístas eran el brazo político de terratenientes que desde hace mucho tiempo tenían el poder político, y maniobraban a través de los políticos en turno. Ser priísta en Chiapas significaba, de algún modo, ser empleado de los terratenientes. Pero ¿De qué años hablamos? ¿por allí no pasó la Revolución?). La estructura política de Chiapas se seguía manejando a través de la figura del cacicazgo, y la relación con la enorme población de indígenas—casi todos mayas— tenía aún muchos tintes coloniales. Según Mariano Gómez, indígena tzotzil, los paramilitares “Eran hombres de Los Chorros, La Esperanza, Acteal, Canolal, Ximix, Quixtic, Pechiquil, Yibeljoj y Chenalhó¹¹.” Es decir, eran

¹¹ Lara Klahr, M., *Días de Furia. Memorial de violencia, crimen e intolerancia*, Plaza & Janés Editores, México, 2001, p. 202.

también sus hermanos. Quizás por esto mismo llegaron con la rabia con la que llegaron. ¿Cómo les *lavarón el cerebro*? ¿cómo fue posible voltear a miembros de una comunidad, de una etnia, en contra de su propia gente? ¿cómo fue ese proceso de distanciamiento, de ruptura de las pertenencias, de generación de un odio hacia sí mismos, para matar en esos otros lo que no puedo tolerar de mí? Posiblemente tendríamos que trabajar con un poco más de detenimiento ese problema del odio de sí mismo. Recordemos que Castoriadis lo plantea como una de esas secuelas casi universales (o universales, ¿por qué no?) del proceso de socialización¹². Si ya Zimbardo y Milgram¹³ habían mostrado que todos podemos convertirnos en asesinos, no debía extrañarnos esta posibilidad. Tampoco es primera vez en la historia que sucede. Pero ¿por qué la crueldad?

14. Entraron entonces los indígenas a matar indígenas a su templo. Empezaron a masacrarlos. Entre ellos se animaban: ¡así lo quiero, muy bien! se oía a alguno de los agresores. Fue también un crimen de odio. Todo mundo salió corriendo. Hombres, mujeres, niños, todos querían salvar sus vidas. La mayor parte de ellos fueron muertos a machetazos, algunos también murieron de bala. No era sólo quitarles la vida. Los cuerpos fueron descuartizados. Los niños lloraron a sus compañeros, pero también hubo niños que lloraron a ése que aún no nacía, que generó —que sigue generando— una sensación indescriptible: mataron a machetazos a una señora embarazada, le abrieron el vientre y también descuartizaron al feto...¹⁴ Poco tiempo después, en la masacre de “El Bosque”, habitantes de este poblado encontraban sesos regados en los campos: “Allá arriba, en la milpa, agarraron a los siete muchachos, que se habían tumbado para esconderse. Los golpearon y los arrastraron hasta el camino. Quedó su sangre regada por ahí. Había sesos en el pasto. Pero no sabemos quiénes murieron¹⁵.” En el homicidio, la crueldad se ensaña no sólo con el sujeto vivo, capaz de sentir dolor. El ensañamiento es también con el cadáver. Es con todo el mundo simbólico que está presente en ese cuerpo. Es ahora cuerpo yacente, indefenso. Hay que desarticularlo, quemarlo, convertirlo

¹² Cfr. Castoriadis, C., *Le monde morcelé, Les carrefours du labyrinthe III*, Seuil, Paris, 1990.

¹³ Cfr., Martín Baró, I., *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*, UCA Editores, San Salvador, 3ª edición 1988.

¹⁴ Cuando esperaban la entrega de los cuerpos de los asesinados, algunos niños habían elaborado una pancarta que decía: “Nosotros, niños y niñas, sentiremos con mucho dolor profundo a nuestra embarazada que acuchillaron inocentemente por el vientre a su bebé”... (Lara Klahr, *Op. cit.*, p.195).

¹⁵ *Ibid.*, p. 230.

en cuerpo infinitamente dócil. Es el gato jugando con el ratón. La labor asesina es casi analítica: descomponer el cuerpo en sus partes. Hay también una lógica comunicacional: el cuerpo, aún muerto, puede decir muchas cosas. Así, los soldados americanos arrastrados por toda la población, y finalmente colgados en un puente, son básicamente *ejemplares*, como las cabezas de americanos en el Vietnam. Es un mensaje de lo que puede suceder. Los cadáveres son objeto de burla. Las víctimas secundarias (familiares, amigos, toda la nación americana, en este caso) reciben completo el mensaje. Es una amenaza, una advertencia, una intimidación. Recurrirán al ejército más poderoso para intentar —fallidamente— recuperar eso que ya les han quitado, quizás definitivamente. ¿Qué será, entonces, de esos tzotziles? Con furia, desesperados (a la inversa de las otras grandes masacres de los totalitarismos, en las cuales todo se va realizando de una manera desafectivizada, burocratizada, como una secuencia de una máquina), los asesinos deben *anonadar* a su víctima, reducirla a nada, es la encarnación misma de todos los males, de mi posibilidad de supervivencia.

15. El *terrorismo de Estado* no genera un convencimiento ideológico: genera obediencia. Pero esa obediencia va extinguiendo al *sujeto*. El *Síndrome de Estocolmo* es la evidencia de la violencia extrema, de esa transformación del sujeto en su contrario, en esa otra fase que supuso el proceso de demolición del yo. Algunas de sus características suponen la *hipersensibilidad de la persona a las demandas de su victimario*. Habría, en los procesos de violación y de terrorismo de Estado, esas formas fundamentales de la crueldad, este elemento común: una especie de estrategia desesperada de la víctima, esta forma extrema de supervivencia. Es cierto, sin embargo, que en ocasiones tiene éxito. En ocasiones, la víctima secuestrada, violada, torturada, logra, a través de esta especie de enamoramiento de su victimario, sobrevivir. Esta forma poco heroica de la resistencia en ciertas ocasiones tiene sus frutos. Es una dinámica parecida a la del sádico y el masoquista: decía Deleuze que por boca del verdugo habla la víctima...¹⁶ El masoquista, la víctima en este caso, no ha perdido la batalla, al contrario, la ha ganado. Su resistencia ha tenido efectos. Ese primer movimiento que tiene que hacer el torturador, o el violador, o el secuestrador, se encuentra totalmente neutralizado. En adelante no puede seguir maltratando a su víctima, asesinándola poco a poco: su víctima ha recuperado lo que el victimario le arrebató. Su condición humana. Está enamorada de él. Lo entiende. No puede culparlo por el mal que le infringe.

¹⁶ Deleuze, G., *Presentación de Sacher-Masoch*, Taurus, Madrid, 1973.

Tiene poderosísimas razones para actuar como lo hace, para arriesgarse como lo hace. Finalmente, todos tenemos la capacidad de someternos a dolores en ocasiones indecibles. Me hace daño, pero no me destruirá. Debe estar contento. Pero sobre todo, debe reconocerse como su congénere, como su igual, como algo tan humano como él. La víctima rehumaniza al victimario, y desde allí encuentra su posibilidad de salvación. Sólo si los dos nos reconocemos como humanos, podré sobrevivir. ¿Cuál es, entonces, el proceso recíproco al Síndrome de Estocolmo? Patty Hearst se volvió militante de la organización de sus captores. ¿Y éstos? ¿habrán quedado intocados con la inclusión de su antigua rehén, ahora militante? Indudablemente, existe en este punto una lógica libidinal. Existe esta posibilidad. La víctima triunfó a través de su enamoramiento de su captor. Éste muestra, incluso, hasta cierta simpatía por ella. La perdona, la integra. El precio de esta estrategia, sin embargo, es alto para la víctima. El precio de su rehumanización ha sido su dignidad pisoteada. En 1984 sucede algo así. La víctima, el resistente, ha sido ablandado. Ha aprendido que no solamente se trata de cooperar. Ha visto a su amada completamente doblada, ablandada, *obediente* a ese poder que lo tortura, que lo domina. Va rompiendo ese lazo afectivo que lo ataba a ella, a lo que significaba, a esa posibilidad más o menos tardía de enamorarse. Ya no sólo coopera. Ahora trata de entender. Trata de ganarse la simpatía de su captor. Pero nuevamente no es suficiente. Ha aprendido que está allí para *obedecer*, para hacerlo plenamente convencido, a vencer cualquier resquicio interior de resistencia, a ser un cuerpo dócil. Es más, hasta ha logrado la simpatía de sus torturadores. Éstos lo ven con agrado. A pesar de ello, como si se tratase –diría Arendt– de un procedimiento administrativo –¿y qué es lo que se administra, si no la violencia, la intimidación, la sensación de una muerte dolorosa y cercana?– debe ser eliminado. La eliminación de la víctima resulta, así, la forma extrema de dominación de su propia resistencia. Es el fracaso del contenido político del *Síndrome de Estocolmo*. Y la forma de eliminación es, en último análisis, la gramática que se escribe con la carne de la víctima, el *mensaje del Estado a la sociedad*.

16. Hay otras formas de ejecución estatal de la violencia sobre el cuerpo. La pareja, el matrimonio, la familia, no están exentos de esta condición. La violación marital se vuelve un infierno completamente inescapable para hombres, mujeres y niños. La violencia intrafamiliar va socavando de la misma manera que la violencia del terrorismo de Estado la integridad del sujeto. La persona violentada en su familia sufre, como las víctimas de violación y de terrorismo de Estado, de un

Síndrome de Estrés Postraumático; es susceptible, como ellas, de generar un *Síndrome de Estocolmo*. La víctima de la violencia familiar poco a poco se va aislando. Primero de su familia y sus amistades. Después de los vínculos generados por su pareja. Vive un *cercos*. Nada de lo que haga puede alejarla de la situación de la violencia. El efecto sobre la autoestima de los procesos de violentación en la familia es desastroso. Desde la violencia extrema como violencia física ejecutada por el hombre sobre la mujer, hasta las formas terriblemente sutiles de aniquilamiento de la integridad psicológica del varón por la mujer, el desgarramiento de los sujetos se va haciendo patente. Las capacidades yóicas, el pensamiento, las capacidades adaptativas y creativas de la persona se encuentran sumamente dañadas. Las secuelas son definitivas. Llega el momento en que algo puede detener la dinámica de la violentación. En el caso de las mujeres, por ejemplo, en el momento en que se empieza a golpear a los niños, la madre reacciona y hace aquello de lo que estaba completamente impedida: se sale del hogar, abandona al hombre golpeador, se va con sus niños. Está aterrorizada, pero su propia *maternidad* le da fuerza para sobremontar el miedo. Se siente perseguida. En cualquier lugar puede estar el golpeador. Como a la mujer violada, el maltrato familiar abre los ojos de la mujer maltratada a una realidad terrible: la posibilidad de ser golpeada, maltratada, es aleatoria. No es lo que hizo. No lo puede controlar. Ni siquiera prever. Sólo puede suceder. Ya afuera, perseguida –puede ser su pareja o cualquier otro quien continúe el maltrato–, amedrentada, las instituciones asistenciales se encargarán de terminar el proceso iniciado en el seno familiar. El maltrato institucional se saldrá con el abandono completo de sus hijos (que deberán ser inscritos en alguna institución de custodia frente a la incapacidad materna para criarlos) y con la inserción o eliminación de esta mujer, reducida en su capacidad de resistencia al mínimo, en los espacios públicos.

17. Cuerpos marcados, cuerpos violados, cicatrices físicas y morales, psicológicas, cuerpos torturados y cuerpos estallados con toda violencia, cuerpos desmembrados a machetazos, cuerpos destazados y abiertos en canal, cuerpos sometidos por la fuerza, cuerpos penetrados, cuerpos abiertos por intimidación, cuerpos amedrentados, cuerpos aterrorizados, cuerpos temblorosos, dispuestos a hacer cualquier cosa para evitar esa muerte dolorosa, cuerpos quemados, cuerpos yacientes, cuerpos drogados y exánimes... *Es el cuerpo erótico de la víctima*.

18. Cuando se estudia sobre delitos como la violación, como la tortura, como las formas del terrorismo de Estado, decíamos más arriba, pensamos sobre la lógica de la crueldad. Hay algo en la crueldad que instiga a las pasiones, a las emociones. Pensemos

qué sucede en la cabeza de los torturadores, qué sucede en esos grupos que, en rituales u otros tipos de figura imaginaria, son capaces de torturar, violar, masacrar cuerpos femeninos, cuerpos infantiles, cuerpos varoniles, en una orgía de sangre. Sabemos con las feministas que el delito de violación no es un delito sexual. Es un delito de poder. El poder se ceba sobre su víctima. En la violación, no se solicita el cuerpo en tanto objeto sexual o amoroso. Se le solicita en tanto cuerpo dominado, susceptible de ser controlado, *de controlar su voluntad*, a través de la humillación y la apropiación del cuerpo, de su *colonización* por la voluntad del violador. Lidia Cacho, coincidiendo con Susan Brownmiller, plantea que las guerras se saldan, al final, con la *colonización* del cuerpo de las mujeres del ejército vencido, a través de la violación. Asimismo, agrega Cacho, la violación de las mujeres militantes con objetos tales como palos o pistolas o escopetas, es una de las formas en las que se pretende *controlar su voluntad*. Es decir, volverlas obedientes (“para que aprendan”, “así se les debe tratar”). “Invadir el cuerpo es símbolo de controlar la voluntad.”¹⁷ Las recientes denuncias y revelaciones sobre el trato que el ejército norteamericano propina a los prisioneros iraquíes en la cárcel de funesta memoria de Abu-Ghraib o en la muy actual Guantánamo, muestra, de la misma manera, una significación del cuerpo, una geografía, una especie de mapa anatómico de su vulnerabilidad.

19. Cuerpos yacientes, de espaldas. La espalda, permanentemente desprotegida. Las nalgas, fuera de toda posibilidad de defensa. Estas son algunas de las significaciones que aparecen en el discurso de los prisioneros... en el Reclusorio Norte de la Cd. de México, o en cualquier otro¹⁸. “No te agaches, que así perdió el diablo”. La mujer sometida debe abrir las piernas, debe yacer y *esperar* la voluntad del otro. (Valentina Palma, en su relato de las atrocidades de Atenco, cuenta que el hombre que violaba a una detenida le obligaba a decirle “jinete”, y se burlaba)¹⁹. En Atenco, a hombres y mujeres se les subía la camisa o camiseta, para cubrirles la cabeza. A otros de plano se les encapuchó. Después se les desnudó del cuello hacia abajo. “...las tenían ya hincadas, les ordenaban subirse la ropa de la cintura para arriba, y en los camiones en los que eran trasladadas de Atenco al penal de Santiaguito, los policías les metían mano, las toqueteaban, hurgaban en su sexo, en su ano, y a algunas les introducían objetos. Otras eran obligadas a realizar sexo oral”²⁰. Las ve-

¹⁷ Cfr. Cacho, Lidia, “La violencia de Estado contra las mujeres” en *La Jornada*, 18 de Mayo de 2006, también Brownmiller, S., *Op. cit.*

¹⁸ Cfr. Payá, V., *Vida y muerte en la cárcel. Estudio sobre la situación institucional de los prisioneros*, FES Acatlán, UNAM, Plaza y Valdés, México, 2006.

¹⁹ *La Jornada* 9 de Mayo de 2006.

²⁰ *La Jornada*, 10 de Mayo de 2006.

jaciones a las mujeres no se detuvieron. Algunas fueron violadas con el pene, con objetos, con pistolas. A otras las manosearon, les golpeaban las nalgas y los senos. En Guantánamo, a los prisioneros iraquíes musulmanes les obliga a ver a mujeres desnudas (cuestión humillante y profundamente atentatoria de su equilibrio psicológico y moral, por las implicaciones religiosas que eso conlleva), se les amenaza con emasculaciones, se les pone frente a perros furiosos, “entrenados” para castrar. Las mujeres soldado americanas han aprendido la contraparte de la misoginia. A los prisioneros iraquíes también se les viola, son penetrados. En los hospitales psiquiátricos, los enfermos también son penetrados como abuso de poder. En el ámbito penitenciario, la penetración por el ano de un hombre por otro lo convierte en “su perra”, es decir, en alguien subordinado a su propia voluntad. Es una especie de despotismo llevado al extremo. El déspota es dueño de los cuerpos de su dominio. Pero si en el periodo despótico el *derecho de pernada* estaba fuertemente legislado y limitado (el déspota adquiriría no sólo el derecho de gozar la primera noche de la recién casada, sino que por ello era acreedor de una serie de obligaciones irrenunciables), en estas formas contemporáneas de despotismo parece que la barbarie no tiene límite. El poder se ejerce en la penetración. Ser penetrado es ser vulnerado. Arriba domina, abajo se somete. Chupar el pene, abrir las piernas, el culo al aire, todas estas son las significaciones a través de las cuales la sexualidad se reviste de una significación aparentemente ajena: se *domina* o se es *dominado*. El erotismo que se desprende de aquí resulta un erotismo de la violencia, y es una forma de *estética de la crueldad*.

20. Pero la cuestión nos deja fuertes dudas. ¿Cuál es esa forma del erotismo que se encuentra fuera de las formas de dominación? ¿existe algún erotismo *no violento*, en el cual la penetración, el ser penetrado, el arriba y el abajo estén fuera de la lógica de la violencia y la dominación? Preguntas terribles, porque nos perfilan una vida erótica, una pasión erótica que en algún momento exiliaría la esperanza. Si hasta el erotismo nos lleva a la violencia, a la dominación, a la muerte: ¿qué nos queda? Las respuestas fáciles, los “erotismos femeninos envolventes”, las formas suaves y tersas asimiladas a “lo femenino” no dejan de ser respuestas que se constituyen más como paliativos de la ansiedad que como respuestas coherentes. No hay erotismo sin sumisión. Y seguramente esto es cierto hasta en la relación amorosa. No hay pasión amorosa sin sumisión, sin dominación, sin violencia... No es la violencia, la dominación y la sumisión las que “invaden” y “desnaturalizan” la pasión erótica y la relación amorosa. *Son su condición de posibilidad...*